

# El concierto de la orquesta Gulbenkian de Lisboa

RUIZ BAQUERO

Se celebró el cuarto concierto de la Sociedad de Conciertos del curso actual, con una actuación (léase concierto) de la Orquesta «Gulbenkian» de Lisboa, y no de Libia como algunos habían entendido.

Reiterar la palabra concierto es obligado por el nombre de la sociedad que los organiza y por la denominación de sus actos, huyendo de emplear sinónimos que podrían ofender a los intérpretes. No obstante, la palabra «concierto» es un nombre genérico común a muchas especies y en él cabe todo. Como sucede con la palabra «música» cuya amplitud abarca desde la actividad de un maestro compositor a la de un soplagaitas.

El concierto musical del miércoles fue una grata velada cuyo mayor éxito fue el poder de convocatoria de esta Sociedad. El público acudió a la cita, pase a ser por la noche, entre semana, y coincidir con la llegada del retardado frío del otoño. El Teatro Principal ofrecía un aspecto brillante (de otros tiempos) que se tradujo en el deseo por los conciertos de orquesta. Y Alicante —el público que lo representa en estas manifestaciones artísticas— se manifestó feliz ante el conjunto lisboeta que, con un programa desigual, actuó bajo la dirección de Max Rabonovitsj, concertino y maestro asistente de este grupo.

Existe un repertorio amplísimo e idóneo para la plantilla de esta orquesta relacionada en el programa, que hubiese evitado el seccionar el conjunto en tres

grupos distintos, en un pretendido acuerdo con las plantillas de las tres obras programadas. Ciertamente es que Bach resume en el tercer concierto de Brandemburgo, tan influenciado por Corelli y Vivaldi, las posibilidades existentes antes de llegar al «gran concierto». Pero estimo que, enriquecer los dos coros de de arcos de esta partitura al estilo veneciano, con la totalidad de la cuerda de que dispone esta orquesta portuguesa —que, dicho sea en honor a la verdad, es muy estimable— hubiese sido aprovechar al máximo sus posibilidades, como ya ha sido hecho por otras agrupaciones orquestales en alardes de verdadero virtuosismo de conjunto. Estas posibilidades a que me refiero, quedaron latentes en el delicioso y bucólico «Concierto para Oboe y orquesta de cuerda», de Vaug-

han Williams, interpretado con sonido bello y apreciable sensibilidad, por el profesor de este instrumento en la orquesta. Señalamos su notable actuación en el segundo tiempo, ciertamente una página musical deliciosa.

Y por fin, toda la orquesta en el estrado para interpretar la IV Sinfonía de Mendelssohn, precedido de una previa afinación ante el auditorio, tan despreocupada como escandalosa, que fue como un complemento del programa.

La Sinfonía Italiana, más que una sinfonía dentro de su obligada textura de forma, es una hermosa exaltación a la vida, con la alegría de la danza, de la luz de la fe y del amor. Interpretarla, es siempre un placer y escucharla, una sensación de relajamiento y felicidad. Es un cuadro vivo de la Italia maravillosa que conoció Mendelssohn y que nos legó con generosidad a todos cuantos gustan, se emocionan y se elevan con la música.

Programar es arriesgado y no estaría de más que quien conlleva esta responsabilidad musical ante nuestra ciudad cuide este extremo para evitar que se denomine lo que se podría venir en llamar «veladas musicales».